

Figuras del Resucitado

—
Alberto Espezel¹*

Para contemplar las figuras del Resucitado y su percepción por los testigos, presentamos primeramente algunos textos de encuentros del Resucitado con testigos, luego los consideramos en forma general, por último aludimos brevemente a su historicidad.

I. Encuentros ²

1 Co 15,3 y ss.: *les he transmitido en primer lugar lo que yo mismo recibí: Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y después a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven, y otros murieron. Luego se apareció a Santiago; más tarde a todos los apóstoles. Y en último término se me apareció también a mí, como un abortivo.*

1 Co 15,5-8: *apareció es*, traducción de *ophthe* (aoristo pasivo): *se dejó ver*, se manifestó, se apareció ya resucitado y desde el Padre. Lenguaje epifánico usado ya en el AT en los LXX, y aplicado aquí a los encuentros del Resucitado con los testigos con quienes se encuentra. El Resucitado glorificado se aparece desde Dios, desde el Padre.

1 Co 9,1: *¿Acaso no he visto a Jesús Señor nuestro?*

Gal 1,16: *"me llamó por su gracia y tuvo a bien revelar en mí a su Hijo para que lo anunciase entre los gentiles"*. Es Dios quien obra la revelación de Jesucristo a Pablo con un fin misionero, y él parte para Arabia sin someter su revelación a discusión humana. Lucas en Hch 9,3 ss. narra el encuentro del Resucitado con Pablo en las puertas de Damasco (los acompañantes escuchan la voz sin visión); en 22,6 ss. (los acompañantes ven la luz y escuchan la voz). y en 26,13 ss. (luz).

Se trata de una visión luminosa, con una voz que se identifica y que quita toda duda posible sobre el sujeto que se aparece, manifiesta y encuentra.

Pablo muestra al *Kyrios* viviente que le habla y lo llama. Sólo atestigua al Resucitado, ya que no ha conocido al Jesús terreno (Balthasar, G I 291).

En el relato del encuentro de Emaús, narra Lucas 24,25 ss.: *El les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? Y empezando por Moisés y continuando por todos los*

¹* Sacerdote, San Isidro, profesor de Teología en diversos institutos, miembro del consejo de redacción de *Communio*.

² Utilizamos en forma flexible la traducción castellana de la Biblia de Jerusalén.

profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras. Al acercarse al pueblo a donde iban (Emaús), él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: 'Quédate con nosotros porque atardece y el día ya ha declinado'. Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: '¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?'. Y levantándose al momento se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: "¡Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón! Ellos por su parte contaron lo que había pasado en el camino y como le habían conocido en la fracción del pan.

Cleofás y su amigo caminan hacia Emaús conversando sobre lo ocurrido en Jerusalén con Jesús, y ante el encuentro y su presencia, no lo reconocen, porque sus ojos estaban como impedidos de reconocerlo (Lc 24,16). Luego de la escucha gozosa de la explicación mesiánica de Jesús, al entrar a comer con los dos amigos en casa ajena, a diferencia de la costumbre y a pesar de ser huésped, Jesús preside la comida y la mesa. Y al partir el pan, se les abren los ojos (Lc 24,31, en voz pasiva: *les fueron abiertos los ojos*). La bendición del pan, el gesto de partirlo y darlo, suscita el reconocimiento, la identificación del Resucitado. Quien ya reconocido, desaparece, se retira y vuelve al Padre, como en el encuentro con María Magdalena (Jn 20,17). Luego anuncian a sus hermanos cómo lo habían reconocido al partir el pan (Lc 24,35). El Espíritu que los testigos poseen en común con el Resucitado, abre sus corazones a la figura del Resucitado para comprender lo que han visto, escuchado, tocado, compartido, y puedan así dar testimonio.

Luego (y también hoy/ahora), ya elevado Jesús al Padre, la Iglesia del Resucitado hace memoria suya en la escucha de la Palabra y en la fracción del pan eucarístico (Hch 2,46), a semejanza de Cleofás y su amigo. Registramos así cómo las comidas del Resucitado con los testigos (Hch 10,41; Jn 20, 19-23; Mc 16,14) enlazan como un eslabón la Cena con la fracción del pan de la primera Iglesia (Hch 2,42). Esta fracción del pan es entendida ahora como comunidad de mesa con el Kyrios ya resucitado.

Jn 20, 11-18: aparición a María Magdalena.

Estaba María junto al sepulcro fuera llorando. Y mientras lloraba se inclinó ante el sepulcro, y ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Le dicen ellos: 'Mujer, ¿por qué lloras?'. Ella les respondió: 'porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto'. Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: 'Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?'. Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: 'Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré'. Jesús le dice: 'María'. Ella se vuelve y le dice en hebreo 'Rabbuni' –que quiere decir Maestro-. Le dice Jesús: "No me toques, que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: 'subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios'. Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y que había dicho estas palabras.

María Magdalena recién reconoce al Señor al escuchar la voz que la llama por su nombre, y ella le responde *Rabbuni*, designación solemne de maestro cercana ya a una confesión de fe divina. Casi como si se supusiera el pasaje de Mt 28,9 (las mujeres a los pies de Jesús, adorándolo). Jesús subraya que está en camino al Padre, subiendo *in fieri* hacia el Padre, su Padre y nuestro Padre. Su figura aparece yéndose, de algún modo inasible, tampoco lejos de la experiencia de Cleofás y su amigo, en la comida de Emaús. Jesús aparece yéndose (Schlier). Este texto de encuentro con María Magdalena ilumina enormemente el misterio del Resucitado que va al Padre, y es desde allí que se deja ver, se aparece a los testigos. Tiene la vida eterna y está en la presencia del Padre (*The Gospel according to John*, Brown, 1013), junto al Padre, y como glorificado, donará su Espíritu (Jn 16,7;20,22), nueva forma de presencia con los suyos. No hay lugares intermedios donde pudiera estar el Resucitado antes de la Ascensión. Es preciso no endurecer la mirada de Lucas, en cuanto a los cuarenta días antes de la Ascensión, y la escena de Pentecostés de Hch 2,1 ss. y advertir cómo Jesús llega al Padre desde el primer día de la Resurrección (cf. Gesché). El mismo Lucas en Lc 24,49 alude también a la venida del Espíritu.

Por su parte, María anuncia a los discípulos que “ha visto al Señor” (Jn 20,18), quienes a su vez se alegran cuando vieron al Señor” (Jn 20,20).

Jn 20,19 y ss.: aparición y don del Espíritu.

Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: ‘La paz con vosotros’. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: ‘la paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envió. Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos’... los otros discípulos le decían (a Tomás): ‘hemos visto al Señor’.

Jesús se presenta en medio de ellos a pesar de las puertas cerradas. Les desea la paz (vv.19 y 21), don unido al don del Espíritu de filiación, o consecuencia de su presencia, y les muestra sus manos y su costado; muestra su identidad de resucitado con el Jesús crucificado y terreno. Se llenan de alegría al ver al Señor. Luego aparece la fórmula de envío, enraizada en su propio envío y misión por parte del Padre. Su misión continúa – de los discípulos– la misión del Hijo y se funda en ella. Y ello será posible por el don del Espíritu. En el v.22 se relata el don del Espíritu soplado o expirado, con el imperativo de recibirlo. Se trata del don del Espíritu junto con la participación de la vida del Resucitado regalada a los discípulos. Con el don del Espíritu se relaciona la purificación de los pecados (don del poder de perdonar: bautismo y reconciliación). Se expresa de este modo el hecho de la recepción del Espíritu de filiación que funda la constitución de la comunidad o Iglesia.

Tanto Lucas en Hch 2, como Juan en Jn 20,22 relatan el mismo hecho: el don del Espíritu que continúa y actualiza la obra de Jesús, Espíritu de filiación que santifica al cristiano. El perdón de los pecados indica la salvación y expiación obrada por el Cordero que quita los pecados del mundo (Jn 1,29). El Espíritu será dado entonces recién cuando Jesús sea glorificado (Jn 7, 39). La Ascensión indica el fin de los encuentros, con excepción de Pablo en Damasco y de Esteban que ve al Hijo del hombre de pie junto al Padre (Hch 7,56). El Espíritu da testimonio de Jesús 15,26.27 y acompaña la misión para que los discípulos sean capaces de dar testimonio de Él. Es importante registrar que la secuencia: encuentros del Resucitado – misión – don del Espíritu, es común a toda la tradición evangélica. Misión entendida como predicación del perdón de los pecados Lc 24,47, bautismo en Mc 16,16; bautismo en Mt 28, 19.

Jn 21,4 aparición en la costa del lago.

Quando amaneció estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Les dice Jesús: muchachos, ¿no tienen pescado? Le contestaron: no. Él les dijo: ‘echad la red a la derecha de la barca y encontraréis’. La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: ‘es el Señor’. Cuando Simón Pedro oyó es el Señor, se puso el vestido –pues estaba desnudo– y se lanzó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces; pues no distaban mucho de tierra, sino unos doscientos codos. Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Les dice Jesús: ‘Traigan alguno de los peces que acabáis de pescar’. Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aún siendo tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: ‘venid y comed’. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle ‘¿Quién eres tú?’, sabiendo que era el Señor. Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da, y de igual modo el pez. Esta fue la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

En esta escena de encuentro del Resucitado con los discípulos en el mar de Galilea, se da un reconocimiento paulatino del Señor a partir de una pesca milagrosa. El discípulo amado por Jesús (análogamente a Jn 20,8) es el primero en reconocer al Señor y transmitirlo a Pedro (v.21,7). Pedro, apurado, se tira al agua para llegar más rápido a la costa, mientras los demás arrastran la red pesada con los pescados (21,8).

El relato culmina con la comida, con el fuego y las brasas, y el pescado listo junto al pan (Jn 20,9). Jesús los invita, como dueño de casa y ellos saben y reconocen quién es El, sin necesidad de preguntarle. Jesús les da el pan y el pescado asado, en un gesto que puede recordar a Jn 6,11.23.53-58 (multiplicación de los panes y discurso del pan de vida), y a Lc 24,30, que terminamos de ver, y aludido en Hch 10,41, sin olvidar una alusión velada (verosímil, Schnackenburg, III, 428), a los gestos de la última cena Lc 22,19 par. (bendecir y partir el pan, dar la comida). El pan y el pescado son el medio para la comunidad con El y su vida divina.

Como en Emaús, y según lo hemos dicho, esta comida con el Resucitado, con sus gestos con un simbolismo eucarístico, sirve de eslabón entre la Última Cena y la fracción del pan de la primera Iglesia, que une a los comensales con el Resucitado ya ascendido definitivamente al Padre.

Mt 28, 18 par: envío misionero.

Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verlo lo adoraron; algunos, sin embargo dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: 'Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan pues y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo'.

Los discípulos lo reconocen a Jesús, lo ven, lo adoran, algunos dudan. Por su lado, Jesús, desde la autoridad de su filiación divina, y del cumplimiento de su misión, ahora glorificado y resucitado, transmite la autoridad y el poder para la misión de los discípulos. Esta misión tiene una dimensión universal: para que todos los pueblos sean sus discípulos por el bautismo en las personas del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: ir, convocar, bautizar, enseñar. A su vez, promete su presencia y compañía hasta la Parusía, el último día. La transmisión de la autoridad o poder para la misión ocupa el rol del don del Espíritu en Juan 20,22-23, con el mandato del perdón de los pecados (Bautismo y Eucaristía). El Resucitado tiene en esta escena el protagonismo central, los discípulos lo reconocen, adoran y escuchan.

Concluye así en forma sencilla y grandiosa el evangelio de Mateo.

II. Las figuras del Resucitado, su percepción y su expresión artística

Las figuras del Resucitado muestran, por parte suya, presencia viviente y misteriosa (cuerpo transformado), llamado, deseo de paz, don del Espíritu como nueva forma de presencia suya, mandato misionero de perdón (bautismo y reconciliación), promesa de compañía hasta su retorno (eucaristía y demás sacramentos), y por parte de los testigos, asombro, reconocimiento, despertar de la fe, temor, alegría desbordante del encuentro y del perdón.

A dos mil años, la *novedad* de la vida nueva triunfante del Resucitado es la misma desde aquella mañana de los años treinta hasta hoy, y esa fuerza nueva nos es transmitida por su Espíritu en la vida sacramental litúrgica de la Iglesia, en la palabra y el sacramento, en el sacramento del hermano en la caridad vivida, que nos asocia a la vida suya escatológica, a su mediación, a su intercesión (Hb 9, 24), a María intercesora y a la Iglesia triunfante de los santos.

Queda abierta, con su Resurrección-Ascensión y llegada al Padre, la comunicación

entre cielo y tierra, entre Dios y los hombres.

Desde el arte, Tintoretto, El Greco, Rembrandt, Bernini, Pozzo, los Asam, los Zimmermann, los Straub, Ignaz Günther, el Aleijadinho, Bitti, Quispe Tito, Pumacalla, el barroco en general en sus distintas versiones (italiana, centroeuropea, latinoamericana), pintaron, decoraron y esculpieron esta comunicación en forma deslumbrante y teatral, con un permanente movimiento hacia arriba y hacia abajo (entre cielo y tierra), con mucha presencia del mundo angélico, donde el techo de las iglesias barrocas abren la vida de aquí hacia la vida celeste, donde los santos dialogan señalando el altar, y donde se une la liturgia de abajo con la de arriba, acompañados por misas de Haydn, de Mozart, de Vivaldi, de Zippoli.

Se trata de un arte plástico y arquitectónico al servicio de la celebración litúrgica, de la eucaristía, culminación de la vida eclesial. Los cristianos se incorporan a la vida del Hijo en el Espíritu hacia el Padre, en el áspero camino hacia el encuentro. Hace falta quizás alma de niño (en tiempos críticos postmodernos) para gozar de una misa de Coronación (Mozart) o de Zippoli celebrada en una de estas iglesias, tanto en Baviera, en Austria como en la Chiquitania o en Córdoba.

El Resucitado es la cabeza del Cuerpo eclesial que se entrega en el cuerpo eucarístico, para incorporarnos consigo, el Esposo que esperamos clamando “Ven Señor Jesús”, el buen pastor que no olvida sus ovejas sino que las conoce por su nombre, las acompaña y las sostiene. El Resucitado nos alienta y nos perdona, nos ayuda a caminar hacia el encuentro con esperanza, con confianza, con alegría. La Iglesia es la actividad del Resucitado Crucificado a través de su figura en la escritura y en el sacramento.

III. La historicidad del Resucitado en sus encuentros

En un cambio de registro, partimos ahora de una constatación primera: lo histórico es análogo, de modo que es preciso aclarar cada vez qué se quiere decir por histórico, por historicidad, por historia.

En primer lugar, si aludimos a hechos ocurridos en nuestro tiempo humano, es preciso afirmar que los encuentros con el Resucitado son hechos objetivos acontecidos en el tiempo de los hombres, donde el puente del conocimiento brota del Señor que se aparece al testigo alcanzado por el encuentro. Con Pannenberg y Wright (y contra Crossan) sostenemos que son los encuentros los que causan la fe pascual y no la fe pascual en el perdón del Resucitado la que suscita y causa la aparición, que constituiría quizás una alucinación. Dicho esto, los encuentros pueden apoyarse en una previa disposición benevolente general y agraciada de apertura a la revelación, aún en el caso abrupto de Pablo, con su historia militante previa de fe judía farisea, a quien Jesús se aparece como luz y en su voz que llama. Esta apertura benevolente no es la causa de proyección subjetiva imaginativa del encuentro, sino una disposición previa al encuentro, que es

súbito, no esperado, llamativo y que provoca asombro y temor. Estos encuentros con el Resucitado carecen de analogía (como tampoco tiene analogía la concepción virginal por obra del Espíritu Santo), en tanto que la ciencia histórica no encuentra hechos semejantes, sino que son hechos de una novedad radical y escatológica, comienzo del único proceso de resurrección universal. Asimismo, junto con los encuentros recibimos el testimonio del sepulcro vacío (p.ej. Mt 28,6), que constituye un signo que apunta a los encuentros.

En segundo lugar, tenemos documentos escritos entre los años cincuenta y cien después de Cristo, el Nuevo Testamento con las cartas de Pablo y los evangelios y Hechos, y demás cartas, que nos hablan de estos encuentros, según hemos visto arriba. Estos documentos inspirados tienen un valor también histórico, constituyen *indicios* (Dunn, Marrou) que apuntan a una realidad determinada ocurrida y descrita por gente psicológicamente sana (en una Iglesia que cantará y adorará años después, hacia el 110), al Resucitado como alguien divino, según nos cuenta Plinio el Joven en Bitinia.

En tercer lugar, y como ya lo mencionamos, la vertiente histórica de los encuentros no prejuzga ni niega que exista también una vertiente meta histórica o transhistórica en la que también se encuentra el Resucitado, ya que se aparece desde la vida escatológica consumada, que comparte ya con el Padre en el Espíritu.

Por eso, Ratzinger distingue con razón entre los encuentros del Resucitado con los testigos, encuentros fundantes de la Iglesia, y las experiencias místicas de santos ocurridas posteriormente en el tiempo de la Iglesia, sin prejuzgar sobre su realidad y validez.

Fundados en la tradición apostólica de la Iglesia, y bajo la ayuda del Espíritu, seguimos confesando con fe, esperanza y alegría al Resucitado, y transmitimos esta fe a nuestros hermanos en un tiempo como el nuestro, marcado por la pandemia, a menudo indiferente, opaco a la trascendencia, a la revelación y a la pregunta por el sentido de la vida y de la muerte.